

profanos y grafiteros

Fotografía del libro *Historia de la Literatura Argentina*, Vol. I,
Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968

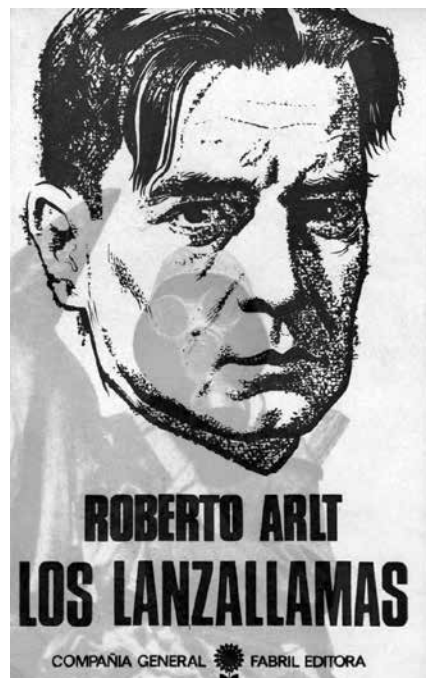
Futuro de
Roberto Arlt

Marina Porcelli

1926 ES, COMO SABEMOS, una fecha canónica para las letras argentinas: se publica *Los desterrados* de Horacio Quiroga, que pone en escena la selva misionera; se publica *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, un relato iniciático sobre la gauchesca, donde justamente la pampa es entendida como una idílica geografía existencial, y se publica *El juguete rabioso*, que cuenta la vida de Silvio Astier en Buenos Aires, la primera novela de Roberto Arlt. Así como la escritura de Jorge Luis Borges universaliza el español rioplatense, así como el sentido del humor en clave de lunfardo remite principalmente a un escritor enorme como fue Leopoldo Marechal, nadie conoce a fondo Buenos Aires si nunca leyó las historias de Arlt. Y como esa frase linda con lo exagerado, agrego que Arlt instala para la literatura argentina la ciudad moderna de 1900: describe los tendidos eléctricos y las locomotoras, los conventillos, los obreros y los humillados —y esas “ventanas iluminadas en la noche crecida”, donde quizá “un estudiante pobre está leyendo a Marx”—.

Habría que hablar de la Buenos Aires melancólica de las caminatas nocturnas, mates en la madrugada, y los planes políticos eufóricos; y de la Buenos Aires sombría de canallas, macrós y putas, de “las fieras”, como él la escribió —“no te diré nunca”, empieza el cuento que se llama así, *Las fieras*, “cómo fui hundiéndome, día tras día, entre los hombres perdidos, ladrones y asesinos y mujeres”—. La pobreza, entonces, se halla en el centro de lo representado por Arlt. La fuerza de su prosa es descomunal, inagotable, y la hondura de su sensibilidad, también. Arlt detalla la existencia en carne viva; le calza esa frase de Sartre, que anotó Nora Avaro en un artículo sobre Salvador Benesdra, un narrador argentino, muy influido por Arlt: estamos ante “una existencia individual en su más alto grado de tensión y lucidez”.

Roberto Arlt nació en Buenos Aires en 1900. Trabajaba en el periódico *El Mundo*, toda su vida quiso inventar “medias para mujer que fueran eternas” —con las que, afirmaba, se haría millonario—, y dejó escrito, además de una parva de artículos brillantes de formato idéntico y que llamó *Aguafuertes*, y un ensayo sobre las ciencias ocultas de la ciudad, casi una docena de obras de teatro, libros de cuentos y cuatro novelas. Siempre se dijo que Arlt escribía mal. Aunque se sostiene que fue la imprenta la que hacía cambios pocos felices en su escritura —le tachaban el verbo pensar, y colocaban *soliloquiar*—, la impugnación, en un sentido estrecho, puede ser válida. A veces, la prosa de Arlt es desprolija, y por momentos, agramatical, entremezcla tiempos verbales y pasajes narrados de tú con el voceo. O, por ejemplo, al hablar de James Joyce en su prólogo a su novela *Los Lanzallamas* (1931), Arlt anota que Leopoldo Bloom es un señor que “aspira olores con la nariz”. Pero no es menor, como también señala la crítica, que Arlt está remitiéndose al *Ulysses*, a un libro complejísimo que en esa época aún no había sido traducido al español. Cualquier maestro de primaria



—dice la famosa sentencia de Borges refiriéndose a Sarmiento— puede corregir esas páginas, pero nadie puede escribirlas. Lo mismo calza para Roberto Arlt. Ni las incongruencias, ni los énfasis, ni las confusiones en su prosa alcanzan para anular la hondura de su planteo. No hay duda, los libros, los grandes libros, quiero decir, permanecen aún a pesar de sus fallas, y si esto es así, no son las fallas sino las categorías críticas con las que se los juzga lo que hay que precisar.

Entonces bien. Si la imprenta, con tanta frecuencia, cambiaba los verbos a *soliloquiar*, esto se debe a que *pensar* es una de las cosas que más hacen los personajes de Arlt. Otra es deambular por la calle, con estos diálogos internos, donde fantasías y sufrimientos son eje de lo narrado. Me refiero muy especialmente a esa novela monumental que es *Los siete locos*, y su continuación, *Los Lanzallamas*. Se trata de seres marginales, orillados, con una complejidad existencial que conmueve. Obsesivos, envidiosos y ladrones, sobre los que pesa “una cortina de angustia”, una capa que se instala sobre las cabezas de los hombres, y los lleva al delirio y a la humillación.

En la hondura psicológica de, por ejemplo, el Hombre que vio a la Partera —“un hombre que almacena intensamente el recuerdo que desata su miedo”—, en la esposa que abandona a su marido, pero si las “cosas son como decís, vuelvo y nos matamos juntos”, en la bofetada que recibe Erdosain, o en la escena monstruosa en la que Barsut lame la mesa de mármol, Arlt tematiza la culpa, la caída. Y tematizarla es fundarla para la literatura argentina. Por eso se lo emparenta con Dostoievski; y así, en los desesperados, aparece la pregunta sobre si el mal también puede ser una elección. El personaje feroz del Rufián melancólico —“un monstruo”, piensa Erdosain—, llega a preguntar: ¿qué es la explotación de las mujeres comparada con la explotación de millones y millones de seres en las fábricas? Y antes, en el bar del centro, aquel diálogo que es casi

una delimitación ética y poética: “¿Quiénes van a hacer la revolución social, sino (...) toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna?” Porque la piedra madre que fundamenta el planteo, y que Arlt formaliza en boca del Astrólogo, remite al cuerpo. Ese cuerpo que vive, sufre, ríe, se desespera. El cuerpo como verdad del sujeto. El cuerpo que alberga una sensibilidad brutal y hace eco en el existencialismo.

Esta ferocidad estética no sería posible sin los contrapuntos. El humor, por ejemplo, está presente en muchas escenas, como una especie de sorna, de mirada impiadosa o desconfiada sobre lo que sucede. No sólo en personajes absurdos como los Ezpila, también el chiste y la simulación construyen la historia. La belleza fantaseada ayuda a dar un respiro: idílica, conmovedora, que le hace decir a Erdosain, cuando *soliloquia*: “pero yo te amo, Vida. Te amo a pesar de todo lo que te afean los hombres”. Y que se cierra con una naturaleza geométrica en luces y sombras, que muestra cuerpos y ropas en claroscuros intensamente eróticos.

Casi como un manifiesto es el prólogo del autor a *Los Lanzallamas*. “Si se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte”, apuntó Arlt; y después, “el futuro es nuestro, por prepotencia de trabajo”. Y esta sentencia, con la certeza que implica, está entre sus mejores legados.

Roberto Arlt murió de un ataque al corazón y con setenta centavos en el bolsillo en 1942. La mayoría de las necrológicas lo nombran como un autor de segundo orden. En la edición de *El Mundo*, sin embargo, aparece su último aguafuerte: *El paisaje en las nubes*. No encontré la foto que testimonia lo que sigue, pero recuerdo —aunque quizá recuerdo mal— haber visto una fotografía del féretro de Roberto Arlt. Arlt era altísimo y cuando quisieron llevarlo al cementerio, se dieron cuenta de que el cajón no pasaba por las escaleras. Así que, con sogas y poleas, decidieron sacarlo por la ventana. La fotografía, entonces, muestra el cajón suspendido, flotando, sobre la ciudad de Buenos Aires. 